

VIII. LA ORACIÓN Y EL CARÁCTER Y LA CONDUCTA

«El general Charles James Gordon, el héroe de Jartum, fue un soldado verdaderamente cristiano. Encerrado en la ciudad sudanesa, resistió gallardamente durante un año, pero finalmente fue vencido y muerto. En su monumento en la Abadía de Westminster están estas palabras: "Dio su dinero a los pobres; su simpatía a los afligidos; su vida a su país y su alma a Dios"» — HOMER W. HODGE.

La oración gobierna la conducta y la conducta forma el carácter. La conducta es lo que hacemos; el carácter es lo que somos. La conducta es la vida exterior. El carácter es la vida no vista, oculta en el interior, pero evidenciada por lo que se ve. La conducta es externa, se ve desde fuera; el carácter es interno — opera en el interior. En la economía de la gracia, la conducta es el fruto del carácter. El carácter es el estado del corazón; la conducta, su expresión exterior. El carácter es la raíz del árbol; la conducta, el fruto que produce.

La oración está relacionada con todos los dones de la gracia. Con el carácter y la conducta su relación es la de una ayudadora. La oración ayuda a establecer el carácter y a moldear la conducta, y ambas, para su continuidad exitosa, dependen de la oración. Puede haber cierto grado de carácter moral y conducta independientes de la oración, pero no puede haber nada parecido a un carácter religioso distintivo ni a una conducta cristiana sin ella. La oración ayuda donde todos los demás auxilios fallan. Cuanto más oramos, mejores somos, más pura y mejor es nuestra vida.

El fin y propósito mismo de la obra expiatoria de Cristo es crear carácter religioso y producir conducta cristiana.

«quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras» (Tito 2:14).

En la enseñanza de Cristo, no es simplemente en obras de caridad y actos de misericordia en lo que Él insiste, sino en el carácter espiritual interior. Esto es lo que se exige, y nada menos que esto será suficiente.

En el estudio de las Epístolas de Pablo, hay una cosa que sobresale clara e inconfundiblemente: la insistencia en la santidad del corazón y la justicia de la vida. Pablo no busca tanto promover lo que se denomina «obra personal», ni es el tema principal de sus cartas los actos de caridad. Es la condición del corazón humano y la irreprehensibilidad de la vida personal lo que forma el peso de los escritos de San Pablo.

En otras partes de las Escrituras también, son el carácter y la conducta los que se hacen preeminentes. La religión cristiana trata con hombres que carecen de carácter espiritual y son impíos en su vida, y tiene como objetivo cambiarlos para que lleguen a ser santos de corazón y justos en su vida. Busca cambiar a los hombres malos en hombres buenos; trata con la maldad interior y obra para transformarla en bondad interior. Y es precisamente aquí donde la oración entra y demuestra su maravillosa eficacia y fruto. La oración impulsa hacia este fin específico. De hecho, sin la oración, ningún cambio tan sobrenatural en el carácter moral puede efectuarse jamás. Porque el cambio de la maldad a la bondad no se obra «por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho», sino según la misericordia de Dios, que nos salva «por el lavamiento de la regeneración» (Tito 3:5). Y este maravilloso cambio se realiza mediante la oración sincera, perseverante y fiel. Cualquier supuesta forma de cristianismo que no efectúe este cambio en el corazón de los hombres es un engaño y una trampa.

El oficio de la oración es cambiar el carácter y la conducta de los hombres, y en innumerables casos esto se ha logrado mediante la oración. En este punto, la oración, por sus credenciales, ha demostrado su divinidad. Y así como es el oficio de la oración efectuar esto, también es la obra primordial de la Iglesia tomar a los hombres malos y hacerlos buenos. Su misión es cambiar la naturaleza humana, transformar el carácter, influir en el comportamiento, revolucionar la conducta. Se presume que la Iglesia es justa, y debe estar ocupada en convertir a los

hombres a la justicia. La Iglesia es la fábrica de Dios en la tierra, y su deber principal es crear y fomentar la justicia de carácter. Este es su primer negocio. Principalmente, su obra no es adquirir miembros, ni acumular números, ni apuntar a la obtención de dinero, ni dedicarse a obras de caridad y actos de misericordia, sino producir justicia de carácter y pureza de la vida exterior.

Un producto refleja y participa del carácter de la fábrica que lo produce. Una Iglesia justa con un propósito justo produce hombres justos. La oración produce limpieza de corazón y pureza de vida. No puede producir otra cosa. La conducta injusta nace de la falta de oración; las dos van de la mano. La oración y el pecado no pueden hacer compañía mutuamente. Una de las dos, necesariamente, debe cesar. Haga que los hombres oren, y dejarán de pecar, porque la oración crea disgusto por el pecado, y obra de tal manera en el corazón que el mal hacer se vuelve repugnante, y toda la naturaleza se eleva a una contemplación reverente de cosas elevadas y santas.

La oración se basa en el carácter. Lo que somos con Dios mide nuestra influencia con Él. Fue el carácter interior, no la apariencia exterior, de hombres como Abraham, Job, David, Moisés y todos los demás, quienes tuvieron tan grande influencia ante Dios en los días antiguos. Y hoy, no son tanto nuestras palabras como lo que realmente somos lo que pesa ante Dios. La conducta afecta al carácter, por supuesto, y cuenta mucho en nuestra oración. Al mismo tiempo, el carácter afecta a la conducta en mucha mayor medida, y tiene una influencia superior sobre la oración. Nuestra vida interior no solo da color a nuestra oración, sino también cuerpo. La mala vida significa mala oración y, al final, ninguna oración en absoluto. Oramos débilmente porque vivimos débilmente. La corriente de la oración no puede elevarse más alto que la fuente de la vida. La fuerza del aposento interior está compuesta por la energía que fluye de las corrientes confluentes de la vida. Y la debilidad de la vida surge de la superficialidad y la mezquindad del carácter.

La debilidad de la vida refleja su dolencia y languidez en las horas de oración. Simplemente no podemos hablar con Dios con fuerza, intimidad y confianza a menos que estemos viviendo para Él, fiel y verdaderamente. El aposento de

oración no puede ser santificado para Dios cuando la vida es ajena a Sus preceptos y propósito. Debemos aprender bien esta lección: que el carácter justo y la conducta semejante a la de Cristo nos dan una posición peculiar y preferente en la oración delante de Dios. Su santa Palabra da énfasis especial al papel que la conducta tiene en impartir valor a nuestra oración cuando declara:

«Entonces invocarás, y te responderá Jehová; clamarás, y dirá Él: Henne aquí; si quitares de en medio de ti el yugo, el dedo que amenaza, y el hablar vanidad» (Isaías 58:9).

La maldad de Israel y sus prácticas abominables fueron citadas definitivamente por Isaías como la razón por la cual Dios apartaría Sus oídos de sus oraciones:

«Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, no os oiré; porque vuestras manos están llenas de sangre» (Isaías 1:15).

La misma triste verdad fue declarada por el Señor por boca de Jeremías:

«Tú, pues, no ores por este pueblo, ni levantes por ellos clamor ni oración; porque no los oiré en el tiempo que ellos clamen a mí por su calamidad» (Jeremías 11:14).

Aquí se declara claramente que la conducta impía es una barrera para la oración eficaz, así como se indica claramente que, para tener pleno acceso a Dios en la oración, debe haber un abandono total del pecado consciente y premeditado.

Se nos ordena orar, «levantando manos santas, sin ira ni contienda» (1 Timoteo 2:8), y debemos pasar el tiempo de nuestra peregrinación aquí con una abstinencia rigurosa del mal si hemos de conservar nuestro privilegio de invocar al Padre. No podemos, por ningún proceso, divorciar la oración de la conducta.

«Y cualquier cosa que pidiéremos la recibiremos de Él, porque guardamos Sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de Él» (1 Juan 3:22).

Y Santiago declara rotundamente que los hombres piden y no reciben, porque piden mal, y buscan solo la gratificación de deseos egoístas.

La amonestación de nuestro Señor: «Velad, pues, orando siempre» (Lucas 21:36), debe cubrir y guardar toda nuestra conducta, para que podamos venir a nuestro aposento interior con toda su fuerza asegurada por una guardia vigilante mantenida sobre nuestras vidas.

«Y mirad por vosotros, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día» (Lucas 21:34).

Con mucha frecuencia, la experiencia cristiana naufraga en el escollo de la conducta. Las teorías hermosas se ven afeadas por vidas feas. Lo más difícil de la piedad, como también lo más impresionante, es poder vivirla. Es la vida la que cuenta, y nuestra oración sufre, como sufren otras fases de nuestra experiencia religiosa, a causa del mal vivir.

En los tiempos primitivos, a los predicadores se les ordenaba predicar con sus vidas, o no predicar en absoluto. Así también, hoy, los cristianos de todas partes deberían ser exhortados a orar con sus vidas, o a no orar en absoluto. La predicación más eficaz no es la que se escucha desde el púlpito, sino la que se proclama de manera silenciosa, humilde y constante; la que exhibe sus excelencias en el hogar y en la comunidad. El ejemplo predica un sermón mucho más eficaz que el precepto. La mejor predicación, incluso en el púlpito, es aquella que está fortalecida por una vida piadosa en el propio predicador. La obra más eficaz realizada por el banco está precedida y acompañada por la santidad de vida, la separación del mundo y el apartamiento del pecado. Algunos de los llamamientos más poderosos se hacen con labios mudos — por padres piadosos y madres santas que, alrededor del hogar, temían a Dios, amaban Su causa, y exhibían diariamente a sus hijos y a otros a su alrededor las bellezas y excelencias de la vida y la conducta cristianas.

El sermón mejor preparado y más elocuente puede ser dañado y vuelto ineficaz por las prácticas cuestionables del predicador. El obrero eclesiástico más

activo puede ver el trabajo de sus manos viciado por el espíritu mundano y la inconsistencia de vida. Los hombres predicán con sus vidas, no con sus palabras, y los sermones se pronuncian no tanto en un púlpito o desde él, sino en los templetes, las acciones y los mil y un incidentes que llenan el sendero de la vida diaria.

Por supuesto, la oración de arrepentimiento es aceptable a Dios. Él se deleita en escuchar los clamores de los pecadores penitentes. Pero el arrepentimiento implica no solo tristeza por el pecado, sino el apartarse del mal obrar y el aprender a hacer el bien. Un arrepentimiento que no produce un cambio en el carácter y la conducta es una mera farsa, que no debería engañar a nadie. Las cosas viejas deben pasar; todas las cosas deben ser hechas nuevas.

La oración que no resulta en un pensar recto y un vivir recto es una farsa. Hemos errado todo el propósito de la oración si ésta no purga el carácter y rectifica la conducta. Hemos fracasado por completo en comprender la virtud de la oración si ésta no produce la revolucionarización de la vida. Por la misma naturaleza de las cosas, debemos dejar de orar o dejar nuestra mala conducta. La oración fría y formal puede existir codo con codo con la mala conducta, pero tal oración, ante la estimación de Dios, no es oración en absoluto. Nuestra oración avanza en poder justamente en la medida en que rectifica la vida. El crecer en pureza y devoción a Dios producirá una vida más llena de oración.

El carácter de la vida interior es una condición para la oración eficaz. Como sea la vida, así será la oración. Una vida inconsistente obstruye la oración y neutraliza la poca oración que podamos hacer. Siempre es «la oración del hombre justo la que vale mucho» (Santiago 5:16). En efecto, uno puede ir más lejos y afirmar que es solamente la oración del justo la que vale algo en absoluto — en cualquier tiempo. Tener la mirada puesta en la gloria de Dios; estar poseído por un deseo sincero de agradarle en todos nuestros caminos; tener las manos ocupadas en Su servicio; tener los pies veloces para correr por el camino de Sus mandamientos — estas cosas dan peso, influencia y poder a la oración, y aseguran una audiencia con Dios. El lastre de nuestras vidas a menudo rompe la fuerza de nuestra oración y, no pocas veces, es como puertas de bronce frente a la oración.

La oración debe salir de un corazón purificado y ser presentada y urgida con el «levantamiento de manos santas» (1 Timoteo 2:8). Debe ser fortalecida por una vida que apunta incesantemente a obedecer a Dios, a alcanzar la conformidad con la ley divina y a someterse a la voluntad divina.

No olvidemos que, si bien la vida es una condición de la oración, la oración es también la condición del vivir recto. La oración promueve el vivir recto y es la gran ayuda para la rectitud del corazón y de la vida. El fruto de la oración real es el vivir recto. La oración pone a aquel que ora en la gran tarea de «ocuparse en su salvación con temor y temblor» (Filipenses 2:12); le pone a vigilar su temple, su conversación y su conducta; le hace «andar con prudencia, redimiendo el tiempo» (Efesios 5:15-16); le capacita para «andar como es digno de la vocación con que fue llamado, con toda humildad y mansedumbre» (Efesios 4:1-2); le da un alto incentivo para proseguir su peregrinación de manera consecuente, «evitando todo camino malo, y andando en el bueno».